2.ª Epoca ||| Junio de 1943 ||| Número 40

El Sembrador

SUPLEMENTO AL B. O. DE LA DIÓCESIS
BARCELONA

LAS ÓRDENES SAGRADAS

Sabido es de todos los lectorcitos de «El Sembrador» que los jovencitos buenos y aplicados—lo mismo de las ciudades que de los pueblos y aldeas—y que mucho aman a Jesús y desean conquistarle almas para el cielo, pretenden ser sus Ministros y representantes en la tierra. Para ello ingresan en el Seminario de mediana edad y salen de él ordenados sacerdotes en plena juventud, pletóricos de fuerzas y energías corporales e inflamado su espíritu en ansias de apostolado...

Para ser sacerdotes van al Seminario los niños mejores de cada parroquia. Y en él se preparan, adquiriendo ciencia y santidad, durante algunos años; después de los cuales reciben la ordenación sacerdotal y con ella, poderes celestiales en bien de las almas.



¡La ordenación sacerdotal! Ceremonia significativa y conmovedora que sólo pueden realizar los Sres. Obispos.

Algunas veces durante el año suele administrarse este sacramento del Orden. Y el Sr. Obispo de la diócesis lo confiere, bien en la capilla de su propio palacio, bien en la iglesia Catedral, o en el mismo Seminario.

En este último caso, que suele ser frecuente; cómo gozan los seminaristas presenciándolo...: Ven al Prelado que reviste a sus compañeros mayores con los ornamentos sagrados; impone las manos episcopales sobre sus cabezas; unge sus manos con el óleo santo... Oyen también aquellas significativas palabras del Obispo, que les confieren poderes sobrehumanos: «Recibe la potestad de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, tanto por los vivos como por los difuntos». «Recibe al Espíritu Santo; a los que perdonares los pecados les serán perdonados».

¡Qué honda impresión produce en los corazones juveniles tan significativa ceremonia...! Y, sobre todo, ¡cuánto anima a la perseverancia, apesar de los trabajos y dificultades con que a veces se tropieza, pensando que a no tardar ellos han de ser los protagonistas de esa escena y a quienes se han de conceder esas sublimes potestades!

Suele terminarse con el besamanos de los recién ungidos del Señor y el canto del *Te Deum* en acción de gracias. Osculos y cánticos que se mezclan con lágrimas de gozo y alegría.

ESPIGANDO

Jesús, Jesús Eucaristía, dueño amoroso de mi alma, ven a mí y no te detengas; quiero estrecharte contra mi pecho, unirme contigo, pero de manera que no nos separemos jamás.

Estas mieses que recojo
y estas uvas que vendimio,
Cuerpo vivo y Sangre viva
han de ser de Jesucristo.

¡Oh dulcísimo Señor Jesús! ¡Cuánta es la dulzura del alma devota que se regala contigo en tal banquete, donde no se le presenta otro manjar que Tú, su único amado, apetecible sobre todos los deseos de tu corazón!

Buen Jesús, limpia, hermosea
el pecho donde has entrado,
quita de él cuanto le afea,
para que purificado
grata morada te sea.

La Eucaristía es para las almas puras el pan de los ángeles y el vino que engendra vírgenes; para los apóstoles es alimento milagroso que les da alientos para recorrer el mundo y predicar a Jesucristo; es fuente de luz y sabiduría para los sabios, fortaleza para los mártires, vigor para los débiles, salud para los que enferman, resurrección y vida para los que yacen muertos.



POCA COSA

Yendo un día de caza Felipe II, se perdió en un bosque y después de estar vagando mucho tiempo se encontró con un pastor, que le dijo, creyendo que era un paje.

—Oye tú, ¿quieres un trago? Y el rey aceptó, con lo que apagó su sed.

Al poco rato, el pastor preguntó al monarca:

—¿Cómo te llamas?

—Felipe—respondió el rey.

—¿Y estás en palacio?

—Sí—dijo el severo monarca.

—¿Y qué haces allí?

—¡Bah! Poca cosa; de rey—dijo indolentemente el soberano más grande que tenía entonces el mundo.

En realidad, ¿qué es ser rey, ante Dios y ante la eternidad?

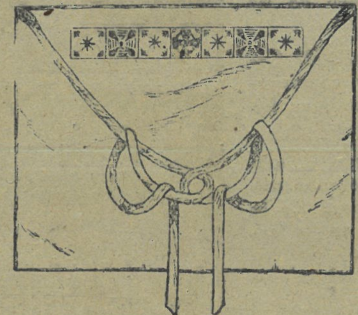
Pasa toda grandeza, menos la del Sacerdocio.

El Sacerdote lo será para siempre.

Seré Sacerdote

Delante del Sagrario arrodillado
me pongo en oración:
Señor, Jesús, ¿me habrás a mí llamado?
¿Tendré yo vocación?
¿Seré yo lo que aquellos que en Judea
te siguieron a Tí?
La dorada casulla, tu librea,
¿podrá ser para mí?
¿Seré yo de tu vida pregonero
como un angel de luz;
o, tal vez, un celoso misionero
armado con tu cruz?
Dicen que el Sacerdote es despreciado,
que vive sin honor,
que pasa entre las gentes olvidado
sin prestigio ni amor;
Que no goza placeres ni riquezas,
y que viene a morir
sin tener donde ponga la cabeza
cansada de sufrir.
¡Oh Jesús! ¡Oh Señor de los Señores!
responde tú a mi amor:
¿Me tratarán los hombres pecadores
a mí con tal rigor?
¿Tendré yo que sufrir tanta amargura
para poderte amar?
¿Tan áspera es la senda que a la altura
me lleve de tu altar?

La puerta del Sagrario se ha entreabierto
y sale por allí,
en medio de suavísimo concierto,
una voz que habla así:
«Yo soy de amor, de vida y de consuelo,
perenne manantial;
Yo os tengo reservadas en el cielo
dulzuras sin igual.
Si pasáis por el mundo padeciendo
no os asuste el sufrir,
cuando Yo, con mi amor, el alma enciendo,
es gozar el morir.
En mis llagas, mi cruz y mis espinas
tenéis buena señal
de que os doy, con mi amor, prendas divinas
de gloria celestial.



EL AMITO

Es el primer ornamento con que se reviste el sacerdote para celebrar la Santa Misa.

Ha de ser de lino con una cruz en el centro, que el sacerdote besa antes de ponérselo.

Debe medir 80 centímetros de largo por 60 de ancho, y las cintas 135 cms. de largo para que se puedan atar por delante.

Al ponérselo el sacerdote, dice la siguiente brevísima oración: "Imponme, Señor, el yelmo de la salud, para rechazar las acometidas diabólicas".

Simboliza el casco de protección espiritual del sacerdote contra las tentaciones del domonio.

Significa además que el sacerdote debe ser muy modesto y remirado en sus palabras empleándose tan solo en cantar las divinas alabanzas.

Dámaso.

Creo en la Santa Iglesia Católica

El Rector del Seminario de Dax (Francia) anunciaba a su Obispo que uno de sus mejores alumos solicitaba ingresar en la Congregación Misionera de los Padres Blancos de Africa.

Contestóle el Prelado:

—Déjele ir, puesto que si soy obispo de Dax, también soy obispo de la Iglesia Católica.

Lo importante es que las almas se salven y se haga el bien, sea en el lugar que el Señor quiere.

Durante las vacaciones habla siempre muy bien del Seminario.



La ofrenda de Coco

Al final de la Misión, el Misionero había anunciado una gran fiesta, pidiendo que todos trajesen una vela.

Si cada uno trae una sola vela (eran más de ochocientos fieles); ¡qué trono de luz y qué aureola resplandeciente se hará para la Reina del Cielo, mientras el Sr. Cura le consagra su parroquia!

El Misionero insistía.

Que cada uno presente con su ofrenda de cirio la intención que lleva más adentro del corazón.

Citaba hermosos ejemplos: la conversión de un esposo, la liberación de un alma del Purgatorio, la curación de un enfermo.

Otros ejemplos, simples pero emocionantes: un estudiante que quiere ser el primero de la clase para poner contento a su papá; un joven para salir bien en sus exámenes.

Todas estas cosas las había oído muchas veces el Misionero en las diversas Misiones.

El día siguiente oyó una que todavía no había oído nunca.

Mientras preparaba los candelabros en el altar, vió llegar a un chico de siete años, que traía una vela.—¿Cómo te llamas querido? —Coco.—¿Quién te dió esa vela?.—La compré con los centavos que me dan para caramelos.—¿Y para qué la traes a la Virgn?—Padre, es para que *yo tenga vocación de sacerdote.*

El Misionero abrazó a Coco, y puso su vela, la primera, muy cerca de la imagen de la Madre de Dios.—Sin duda que más tarde, el Padre Coco, habrá aconsejado muchas veces a los niños de su catecismo, ofrecer a la Madre de Dios, sus cirios, sus plegarias y sus deseos.

"Acordaos que nunca se ha oído decir, que alguno haya sido desamparado por Vos..."



DEL EVANGELIO

En una de las apariciones de Jesús a sus discípulos entablóse el siguiente diálogo entre el Divino Maestro y S. Pedro:

—"Simón Pedro, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Dícele él:—Señor, Tú sabes que te quiero.

Dícele:—Apacienta mis corderos.

Dícele Jesús por segunda vez:—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Dícele:—Señor, Tú sabes que te quiero.

Dícele:—Pastorea mis ovejitas.

Dícele por tercera vez:—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

Entristecióse Pedro de que por tercera vez le dijese ¿me quieres? y le dijo:—¡Señor! Tú sabes todo; Tú conoces que te quiero.

Dícele Jesús:—Apacienta mis ovejas".

Oh mi buen Maestro, Jesús, ámete yo con amor tan ardiente como el de tu apóstol Pedro y en recompensa de mi amor, dame, oh Señor, tu santa vocación al sacerdocio para que también merezca contarme entre tus apóstoles y apacentar tus ovejitas, que son las almas.

La ENTREGA

¡Eso sí, mi hijo
es bueno, muy bueno!
Ya hace un mes que toditos los días
me viene pidiendo
que le deje yo ser sacerdote,
que ése es su deseo.

Yo le he dicho que piense lo grande,
lo grande que es eso,
y me ha respondido:
¡Que pensado lo tiene hace tiempo,
que es Dios quien le llama
para oficio tan grande y excelso!,
que es Dios quien desea
salvar por su medio
multitud de almas,
llevarlas al Cielo.

Dice, en fin, que se sueña con gozo
Sacerdote hecho,
y parécele ver en sus manos
bajo blancos velos
al Señor de los Cielos y tierra...

Yo, ya, pobre viejo,
no tengo ni fuerzas
conque pueda ganarme el sustento;
él sería mi única ayuda;
mas, si Dios lo quiere,
¿qué más yo hacer puedo?
que se cumplan, Señor, tus designios
sobre mi hijo bueno,
que, aunque mucho de él necesito,
pues lo pides, Señor, ¡te lo entrego!

....

¡Dichosos mil veces
los padres aquellos
que no niegan a Dios los pedazos
de sus corazones
sencillos y buenos!

La vida en el Seminario

LOS EXÁMENES

Sin duda que la mayor parte de los lectorcitos de "El Sembrador" no habéis pasado por los apurillos de unos exámenes... Con las preocupaciones e insomnios que les preceden... Con las pesadillas y *mieditis* que les acompañan... Con las consecuencias de no aprobar que, a veces, les siguen...

Tales son, que hacen muy verosímil aquel apotegma del célebre epitafio:

"Yace aquí quien no temió".

Y un estudiante al leerlo agregó sentencioso:

"Porque no se examinó".

Pues también los seminaristas se examinan; pero todo aquello arriba indicado que precede, acompaña y sigue a los exámenes no reza con ellos.

Aquellas inquietudes y zozobras atormentan a los estudiantes que no cumplen con sus deberes: los que se pasan los meses sin apenas abrir los libros, como no sea para dibujar monigotes en sus páginas; hacen con frecuencia novillos, dejando de ir a clase sin causa que lo justifique; pretenden y buscan prolongados días de vacación durante el curso escolar... Y llega el mes de Mayo y entonces son los apuros... Querrían hacer en pocos días con sus noches lo que hubieran de haber hecho en varios meses...

No sucede así a los alumnos del Seminario. Fieles cumplidores de su deber, por amor a Dios, son asíduos y constantes en el estudio y en la asistencia y atención en las clases. Tienen las asignaturas bien preparadas y aprendidas. Por eso no temen a los exámenes.

Estos, para los seminaristas, son motivo de gozo y alegría; porque en ellos van a recoger el fruto de sus sudores, el premio de sus trabajos, la cosecha de lo que han sembrado... Con los exámenes aumentan un curso en su carrera hacia el Sacerdocio, acrecientan sus conocimientos en bien de las almas que han de salvar con sus futuros ministerios. Tras de esa prueba de fin de curso le esperan unas gratas vacaciones, merecido descanso a su labor intensa del curso escolar. Por estos y otros motivos es un acontecimiento deseado y agradable para los seminaristas la celebración de los exámenes.

El Beso de Jesús

Una piadosa madre tenía la costumbre de dar un besito a su chiquitín después de haber comulgado.

—Toma-le decía la madre-este beso me lo ha dado Jesús para tí.

Pasó algún tiempo. El chiquitín ya hablaba. Un día, al darle su madre el beso de Jesús, el niño se colgó del cuello de su madre y le dió un beso muy sonoro, y le dijo:

—Mamá, este beso es para Jesús.

Este simpático niño, no sólo siguió dando besos a Jesús, sino que también le dió su corazón.

Ahora es sacerdote.